
Introducción

El día 27 de abril de 1997, una noticia dio la vuelta al mundo: el presidente de la República Federal de Alemania, Roman Herzog, a través de su embajador en Madrid, Henning Wegener, reconoció públicamente, en la Plaza del Mercado de Gernika, la culpa de los alemanes en la destrucción de Gernika, bombardeada hacía exactamente sesenta años y un día por la Legión Cóndor, y pidió perdón a los supervivientes:

Yo quiero asumir ese pasado y reconocer expresamente la culpa de los aviones alemanes involucrados. Les dirijo a ustedes como supervivientes del ataque y testigos del horror vivido mi mensaje de condolencia y duelo.¹

Fue un mensaje nada habitual del máximo representante de un país pidiendo perdón por un crimen cometido por la aviación del anterior régimen alemán —supuestamente superado desde hacía mucho tiempo—, como tropas auxiliares de unos militares sublevados en una guerra civil de otro país. Las palabras de Herzog reconocieron indirectamente la gran importancia simbólica de Gernika.

El bombardeo de Gernika, la ciudad *sagrada* de los vascos, fue el primer bombardeo masivo contra una ciudad franca no combatiente y contra su población civil; cientos de personas murieron. Fue el ensayo alemán de la moderna guerra aérea y, para algunos historiadores, el primer acto de la Segunda Guerra Mundial, que acabaría ocho años después con la aniquilación de ciudades enteras y la muerte de cientos de miles de personas. La destrucción de Gernika causó, de inmediato, un grito de espanto por todo el mundo, y el horror allí vivido fue plasmado por Pablo Picasso en su famoso cuadro *Guernica*. La destruc-

ción del símbolo de la democracia y de las libertades vascas convirtió esta villa a su vez en el símbolo de los horrores de la guerra moderna.

Poco después de la destrucción de la ciudad, comenzó un arduo debate sobre las causas y responsabilidades del bombardeo. Mientras que se acusó a los militares sublevados y a la Legión Cóndor de haber realizado un ataque indiscriminado de terror, el lado franquista propagó que los propios nacionalistas vascos y los *rojos* habían incendiado la ciudad durante su retirada. A pesar de ello, la investigación sobre el bombardeo de Gernika se estancó durante cuatro décadas, ya que la dictadura de Franco impidió que se llevara a cabo cualquier debate científico, político y humano acerca del bombardeo.

Coincidiendo con la muerte del dictador, se publicaron entre 1975 y 1977 varios libros que investigaban ampliamente las cuestiones pendientes.² Uno de ellos es de un militar alemán, Klaus A. Maier, comandante de las fuerzas aéreas, quien, por medio de un análisis de los documentos hallados en Alemania, demostró sin dejar lugar a dudas que fueron los aviadores alemanes los que destruyeron Gernika.³ Desde entonces, la literatura sobre Gernika no ha cesado, pero los resultados siempre serán deficientes mientras no se abran los archivos militares españoles. Seguirá existiendo la duda de quién dio la orden de atacar Gernika y cuáles fueron sus verdaderos objetivos. Una cosa, sin embargo, debe quedar clara a la hora de determinar responsabilidades:

En y con Gernika empezó una nueva fase en la historia de la barbarie. Los alemanes la iniciaron. Aunque los militares franquistas habían aprobado explícitamente el bombardeo, Gernika fue [...] un *proyecto alemán*, del cual *los alemanes* son responsables en el sentido histórico.⁴

Después de la muerte del dictador, los habitantes de Gernika podían celebrar los aniversarios del bombardeo en libertad. Pero en contra de lo que cabía esperar, muchos guerniqueses no sentían odio hacia sus antiguos verdugos, sino que abrigaban un auténtico deseo de reconciliación. Desde entonces, las relaciones entre Gernika y Alemania estuvieron caracterizadas por el paulatino acercamiento en busca de un gesto de reconciliación alemán. En la villa vasca predominaba el deseo de curar, de esta forma, las heridas del pasado para emprender un futuro común en paz y concordia. En Gernika existía lo que llaman los investigadores por la paz el *horizonte de reconciliación*, es decir, la voluntad de reconciliarse con el antiguo enemigo, sin segundas intenciones.

En Alemania, sin embargo, el *horizonte de reconciliación* hacia Gernika no estaba muy avanzado. Como mucho, se conocía el cuadro de Picasso, pero el bombardeo de Gernika no representaba más que un episodio menor en la larga serie de crímenes cometidos por los nacionalsocialistas, y el carácter simbólico de Gernika era prácticamente desconocido. A muchos alemanes incluso les incordiaba el recuerdo de aquella época tan dolorosa que preferían olvidar. Tener un gesto de reconciliación con Gernika implicaba reconocer la culpabilidad alemana en el bombardeo y situarse de esa forma en el centro de un debate que inquieta la conciencia de muchos alemanes desde el final de la Segunda Guerra Mundial: el de la superación del pasado nacionalsocialista.

En un lado se sitúan los alemanes que quieren olvidar el pasado nazi para construir un futuro sin complejos de culpabilidad, y que opinan que Alemania ha indemnizado con creces a los damnificados de la época nacionalsocialista. En el otro lado están los alemanes que quieren recordar y analizar el pasado para construir un futuro mejor; entre ellos se encuentran los defensores del gesto hacia Gernika. Este gesto recordaría a los alemanes que en Gernika empezó el horror de la guerra que sembraban los nazis, y respaldaría asimismo a Gernika como un símbolo de la paz.

Antes de describir la historia de la reconciliación entre Gernika y Alemania creemos necesario acercar al lector el propio concepto de la reconciliación y los temas de la restitución de los damnificados por los crímenes nazis y la superación del pasado alemán. Con este trasfondo, el lector debe estar sensibilizado para comprender las motivaciones de los defensores y los adversarios del gesto de reconciliación alemán. De hecho, el propio autor de este trabajo, alemán y residente en Gernika, se ha encontrado no pocas veces con una absoluta incompreensión tanto de alemanes por un gesto tardío hacia Gernika, como de guerniqueses que no entendían por qué los alemanes les querían dar algo, después de tanto tiempo. No obstante, para hacer justicia a la verdad hay que decir que las conversaciones al respecto han sido mayoritariamente positivas y marcadas por el entendimiento mutuo.

Nuestro recorrido por la historia de la reconciliación entre Gernika y Alemania empieza con la Comisión Gernika, creada en 1979, cuyo delegado especial fue Jesús Arana, quien recorrió Alemania durante años con el objetivo de lograr un gesto de paz por parte alemana. Después de un inicio prometedor, la labor de Arana resultó ineficaz e incluso carente de proyectos concretos, por lo que su Comisión fue disuelta en 1987.⁵

La siguiente etapa está marcada por los intentos de los políticos del partido Los Verdes (Die Grünen) Petra Kelly y Gert Bastian de impulsar en el Parlamento alemán el reconocimiento de la culpabilidad y responsabilidad alemana en el bombardeo de Gernika y, a partir de ello, realizar un gesto de reconciliación.⁶ Propusieron que este gesto se materializase en el apoyo al Centro de Investigación por la Paz que estaba creando el Parlamento vasco y que más tarde se llamaría Gernika Gogoratuz. Pero parece que los problemas de los alemanes con la superación de su pasado no les permitieron apoyar lo que, sin duda, más habría correspondido a la importancia de Gernika como símbolo de la paz, y la propuesta de Los Verdes no fue aceptada por los partidos del Gobierno alemán, sino reconducida hacia otros proyectos.

El 10 de noviembre de 1988, el Parlamento alemán aprobó una resolución que apoyaba el hermanamiento de Gernika con Pforzheim y recomendó impulsar la formación profesional en la zona de Gernika. El hermanamiento se consumó con inusitada rapidez a principios de 1989 y, con el importante apoyo del Ayuntamiento de Pforzheim, pronto se concretó el plan de un Centro de Formación Profesional, el célebre Proyecto Gernika. Hay que destacar la figura del alcalde de Pforzheim, Joachim Becker, incondicional defensor del proyecto, quien llegó a entrar en 1995 en una ardua polémica con la oposición en su Ayuntamiento e incluso con el Gobierno de la República Federal de Alemania, debido a las insoportables demoras en la toma de decisiones al respecto. A pesar de todo, el Proyecto Gernika fracasó por supuestos problemas presupuestarios alemanes.

Habían fracasado grandes ilusiones cuando, a finales de 1996, el Gobierno alemán aprobó una subvención de tres millones de marcos para la construcción de un polideportivo en Gernika. Fue una gran decepción para todos los que en las últimas dos décadas habían luchado por un gesto visible que ayudara a superar el pasado y construir un futuro común. El apoyo a un polideportivo carecía de esta orientación; parece que el Gobierno alemán simplemente quería cumplir la incómoda promesa de noviembre de 1988. El gesto de reconciliación se convirtió, así, en un *gesto vergonzoso*.⁷

Cuando era obvio que la historia de la reconciliación iba a tener un final decepcionante y desafortunado, el Centro de Investigación por la Paz Gernika Gogoratuz retomó la iniciativa y se dirigió al presidente alemán Roman Herzog para salvar la situación. Los esfuerzos y el prestigio de este centro y de su coordinador, Juan Gutiérrez, hicieron posible el mensaje del presidente alemán.

Los propios supervivientes del bombardeo de Gernika recibieron con agrado las palabras de Herzog. Dejando atrás sus rencores, contestaron con un auténtico mensaje de reconciliación:

Ahora, sí, ahora podemos hacer lo que entonces no pudimos. Abrir nuestros brazos y decirles: Bienvenidos a Gernika, marchemos juntos en paz. Ongi etorriak.⁸

Fue el final reconciliador de una larga historia marcada por grandes ilusiones y muchas decepciones.

Lo que brevemente se ha descrito en esta introducción requiere un análisis más profundo respecto a las causas de los sucesivos fracasos de las gestiones de la Comisión Gernika y los proyectos del Centro de Investigación por la Paz y del Centro de Formación Profesional. Que al final se haya logrado la reconciliación demuestra que existía *horizonte de reconciliación* (véase el próximo capítulo) que permitía el mutuo acercamiento a lo largo de dos décadas.